

El libro está bien traducido. El castellano es muy comprensible y se lee con fluidez. La bibliografía de cada artículo es breve pero bien escogida, y el traductor se ha preocupado de ofrecernos la referencia a la traducción española, si existe.—FRANCISCO RAMÍREZ FUEYO.

M. COLERIDGE, *Nueva lectura de la infancia de Jesús. La narrativa como cristología en Lucas 1-2*, Ediciones el Almendro, Córdoba 2000, 271 pp., ISBN 84-8005-048-9.

Desde hace unos años ha aumentado el interés por el estudio de los relatos del Nuevo Testamento desde el punto de vista de la moderna narratología. Se recupera así la unidad coherente de la obra literaria, algo velada en algunos métodos histórico-críticos. Se destaca en ella sus valores estilísticos. Con la narración retorna la figura del autor, que ha narrado de una manera y no de otra; que ha sabido combinar tiempos y espacios, personajes y acciones, para formar una narración formalmente bella, a la vez que, en el caso de los evangelios, teológicamente motivada.

Efectivamente, como afirma Coleridge, estrategia y afirmación, narrativa y cristología, son distinguibles, pero no separables (p. 240). Lucas no explica: narra. No hace afirmaciones teológicas: deja que sean los personajes quienes con sus palabras y con sus actos las realicen. El método narrativo, recuerda Coleridge, se diferencia de la «Crítica de la Redacción» en que mientras esta última «intenta explorar la obra del evangelista ante todo como teólogo», aquella se fija más bien en «la obra del evangelista como estilista», se interesa pues más por el contenido que por la forma.

Mark Coleridge nos ofrece en su libro la publicación de su tesis doctoral, defendida en el Pontificio Instituto Bíblico en 1991. Tesis dirigida por Jean-Noël Aletti, buen conocedor y divulgador del método narrativo aplicado precisamente a la obra lucana. Escrita con claridad y sin exhaustivas discusiones exegeticas o lingüísticas, el libro se lee con facilidad y agrado, siendo su terminología accesible a un público no especializado.

El autor deja que el relato lucano marque el orden de su estudio. A lo largo de ocho capítulos, las perícopas del tercer evangelio van siendo estudiadas una tras otra, poniendo de relieve el juego de personajes y situaciones, de acciones y reacciones, de palabras y silencios con que el Lucas narrador va entretejiendo su relato. Este estudio continuado ofrece numerosas páginas llenas de observaciones y análisis sugerentes, de preguntas formuladas a la narración que nos hacen leer de una manera nueva, como acertadamente reza el título del libro, relatos que a fuerza de escuchados corren el riesgo de resultar monótonos y consabidos.

A través del estudio de las perícopas sucesivas, Coleridge va sacando a la luz los rasgos principales del Lucas narrador y los componentes más profundos de la narración, aquellos ejes temáticos que motivan la forma de la narración. Un narrador discretamente omnisciente; que evita describir la interioridad de los personajes o sus motivaciones, Dios incluido, o relega dicha descripción a otros (por ejemplo, los ángeles). De la mano de esta obra, vamos descubriendo el juego de revelación y ocultamiento en que Lucas nos sumerge, donde se muestra en muchas ocasiones el «qué»

de la promesa, pero no el «cómo» de su realización. Un juego de conocimiento en el que los personajes tienen un papel fundamental: María, al decir de Coleridge, aparentemente pasiva en el relato, sitúa su actividad «primariamente en la esfera de la epistemología». De ahí que el relato de Jesús entre los doctores sea precisamente la culminación del proceso narrativo, en el que Jesús se presenta como el interprete definitivo de los signos que se han ido sucediendo en el evangelio.

La cristología lucana, cristología narrativa, se revela así como una cristología «descendente» o «inductiva», frente a la cristología mateana: Lucas «empieza por Dios y avanza hacia Jesús». En su esfuerzo por construir un puente entre promesa y cumplimiento, Lucas arranca su evangelio situando al lector en el ámbito de las promesas a Abraham, para llegar a la revelación de que estas promesas se cumplen en Jesús.

Poco hay que criticar a la obra de Coleridge. Nos queda en ocasiones la duda de sí, contrariamente a lo propuesto en su capítulo primero introductorio, no se deja llevar en ocasiones de una cierta urgencia en extraer conclusiones teológicas sin haber antes explorado todas las posibilidades que una lectura narrativa ofrece. Pongo dos ejemplos que expresan no tanto una crítica cuanto una duda de tipo metodológico.

Estudiando Lc 1,26-38, Coleridge se pregunta por qué Lucas, después del episodio de la Anunciación, no menciona inmediatamente que María ha concebido un hijo, tal como ha prometido el ángel. Tiene razón Coleridge en considerar insuficiente una explicación que justifica la desconcertante elipsis narrativa con la «delicadeza» del narrador en «una materia que exige mucho tacto». Prefiere entender que el narrador busca centrar la atención del lector en el «encuentro entre Dios y María», y la «fe que surge a partir del v. 38». La idea es brillantemente desarrollada a lo largo del capítulo cuarto, donde el autor nos hace ver cómo el centro del pasaje de la Visitación no es Jesús, sino María misma como signo de fe en el cumplimiento de las promesas de Dios, signo que Isabel interpreta proféticamente.

Todo lo anterior, sin embargo, no explica narrativamente, sino teológicamente, la ausencia de la mención que María ya está encinta al visitar a Isabel. Narrativamente sería más claro que el motivo de María encinta sólo será mencionado cuando sea útil a la narración, e.d., algo más adelante, en 2,5, de camino a Belén, como modo a introducir la narración del nacimiento del niño anunciado por el ángel. Puede ser que la ausencia de la mención de su embarazo no necesite motivarse teológicamente, sino narrativamente.

Otro ejemplo, esta vez del capítulo V sobre Lc 1,57-80. Coleridge se sorprende aquí ante la falta de reacción de Isabel al nacimiento de su hijo. El narrador habría dejado a Isabel, a Zacarías y a Juan en segundo plano, para destacar así la reacción del pueblo ante el nacimiento de éste último. Interpreta aquí Coleridge que Isabel es mostrada como «receptora de la misericordia divina más que como agente por derecho propio» (p. 108).

Nos parece que un análisis narrativo podría sugerir el modo indirecto como se narra el «Magnificat» implícito de Isabel: cuando Lucas menciona que sus vecinos y parientes oyen que el Señor le ha hecho una gran misericordia, y que se congratulan con ella (nótese la similitud de ambas fórmulas con el «Cántico» de María), está aquí el narrador jugando con el perspectivismo narrativo: el «Magnificat» de María ha sido narrado «en directo»; el de Isabel, a través de otros personajes que lo han escuchado.

Son estas observaciones, como digo, meras preguntas que deja abiertas el método narrativo aplicado al estudio de la Escritura Sagrada. Preguntas que en nada empañan el valor y el interés del libro y de la lectura que hace Coleridge de la obra de Lucas.—FRANCISCO RAMÍREZ FUEYO.

P. RICHARD, *El movimiento de Jesús antes de la Iglesia. Una interpretación liberadora de los Hechos de los Apóstoles*, Sal Terrae, Santander 2000, 191 pp., ISBN 84-293-1360-5.

Antes de nada, una aclaración sobre el título. En América se ha publicado con un título ligeramente más largo: *El movimiento de Jesús «después de su resurrección» y antes de la Iglesia*, que es cita de una frase del libro en p. 20. Este título nos sitúa mejor para entender este comentario. Contra lo que puede parecer, Richard no niega la existencia de la Iglesia que nace de la resurrección. Todo lo contrario, la Iglesia no sólo nace, sino que vive gracias a la presencia del Resucitado en ella (cf. p. 30). El «antes de la Iglesia» se refiere más bien al «antes» del modelo de institución eclesial que se desprende de los escritos más tardíos del NT. La tesis de Richard es que Lucas escribe su obra precisamente para contrarrestar ciertas tendencias eclesiales institucionalizadoras de fines del siglo primero, que corren el riesgo de ahogar la acción del Espíritu y la vitalidad de las primeras comunidades.

El teólogo y exegeta alemán de Tubinga, Ernst Käsemann, fallecido en 1998, dejó como su testamento espiritual la consigna de la resistencia cristiana contra cualquier forma de idolatría, y contra cualquier tentación de acomodar el evangelio al mundo en su pecado y su injusticia. Käsemann, después de sobrevivir a las cárceles nazis, tuvo que sufrir años más tarde la pérdida de su hija Elisabeth, contada entre los militantes de izquierda «desaparecidos» durante la dictadura militar argentina. La historia de esta familia guarda un cierto contenido simbólico. De aquella teología bíblica académica y centroeuropea, que devolvió la investigación sobre el Jesús histórico al estudio científico, y produjo obras como *La llamada a la libertad*, es heredera en buena parte la teología americana de la liberación y su búsqueda de una lectura liberadora y revolucionaria de la Biblia.

Esta teología de la liberación lleva ya algún tiempo fijando su atención en la Escritura. En el contacto frecuente con la Palabra de Dios, buscan los biblistas americanos renovar no sólo su reflexión, sino también, desde la lectura, la oración y la discusión bíblica ayudar al crecimiento de los cristianos seriamente comprometidos en las comunidades eclesiales de base, y en la acción pastoral y misional de éstas. Estos cristianos son los lectores implícitos y explícitos del libro de Pablo Richard: no el exegeta, sino el creyente sin una especial formación teológica, que busca conocer mejor la Escritura y desde ella iniciar caminos de crecimiento personal y comunitario. Especialmente son los agentes de pastoral, los organizadores de grupos catequéticos y bíblicos, los modernos «Teófilos» a quienes se dedica este comentario al libro de los Hechos de los Apóstoles. Este libro quiere ser leído y empleado en estas comunidades de base.

A lo largo de 191 páginas va Richard desgranando su comentario a la segunda parte de la obra lucana. Buen conocedor de las cuestiones bíblicas, rehuye el au-